

Salud, cultura y sociedad en América Latina

Marcos Cueto. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Organización Panamericana de la Salud (OPS), 1996: 253 pp

Este libro pertenece a la nueva serie de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), Salud y Sociedad 2000, que debe ser bienvenida. Como dice la propia Organización, "ha decidido iniciar esta serie sobre todo pensando en el futuro y en la vida, más que en las enfermedades y la muerte, para darle más voz a otras voces de la sociedad, no necesariamente médicas".

En este caso se trata de una condición entre la OPS y el Instituto de Estudios Peruanos, figurando como editor Marcos Cueto y compartiendo una excelente iniciativa. Se trata de hacerle llegar a estudiantes e investigadores de diferentes disciplinas de la salud y sociales, un conjunto de trabajos de diferentes historiadores latinoamericanos. Al comienzo del libro, en su introducción Cueto se pregunta: "¿Cómo se acomodaron las ideas y prácticas importadas con los saberes sanitarios locales y nativos? ¿qué influencia jugaron el contexto social y cultural en el desarrollo de las ideas y de las prácticas sanitarias en la región?". Estos planteamientos ya denotan un enfoque conceptual diferente a los tradicionales estudios históricos descriptivos a los que estamos acostumbrados en el sur de América Latina. El Editor nos dice "queremos contribuir a la formación de un significado histórico más amplio y complejo de la salud, que no sólo tome en cuenta a los líderes y a las instituciones oficiales". Sin duda se refiere a la historia "oficial". El pretende una historia de la salud que articule ideas, normas y

prácticas que interactúan en la ciencia, la cultura y la política, en los diferentes períodos históricos.

Sin duda, este libro se convierte en un pequeño, pero muy valioso aporte al cumplimiento de tales objetivos.

La introducción le permite a Cueto realizar una muy buena síntesis de lo que ha sido la Historia de la Medicina en Latinoamérica. Señala que en general "la relación entre la historia de la salud y la historia de la medicina ha experimentado la misma tensión y dependencia que ha existido entre la salud pública y la medicina (la clínica).

Se puede agregar que la historia de la medicina ha estado regida por la historia de los nombres y de los acontecimientos mientras que la historia de la salud, surge guiada por la historia de las mentalidades, la historia social de la "nueva" historiografía francesa.

Esto tiene connotaciones relevantes y no se trata exclusivamente de una cuestión metodológica. La primera historia, la más tradicional ha contribuido a desarrollar y a difundir varios conceptos hegemónicos en la educación médica latinoamericana de los últimos 70-80 años: la salud y la medicina se desarrollaron en nuestra región en forma imitativa de los países ricos (Europa primero y EE.UU. después) y gracias a la acción de "grandes hombres" (médicos):

□ han existido resabios coloniales y culturas nativas que se han trans-

formado en obstáculos para un mayor desarrollo "científico";

- dicotomías clásicas como salud y enfermedad o ciencia e ignorancia (todo o nada);
- para mayor desarrollo de la medicina y la salud pública se necesita tiempo y dedicación (recuerda las ya viejas teorías desarrollistas impulsadas por CEPAL).

Me parece muy interesante lo que Cueto llama "las características y las limitaciones de la historia tradicional de la medicina":

- el parroquialismo, es decir médicos que escriben para médicos;
- el maniqueísmo, es decir el elogio de héroes enfrentados a ignorantes;
- el anacronismo, es decir analizar el origen de instituciones del presente, sin estudiar los factores sociales, culturales y políticos.

Todo esto no quita méritos para todo "el valioso trabajo" de rescate documental, que contribuyó al estudio de la cronología institucional.

También en esta introducción el editor nos presenta una somera lista de autores latinoamericanos que han contribuido al cambio, así como las diferentes disciplinas en especial la antropología, la sociología y la economía que se han incorporado al estudio de la salud. También han existido importantes corrientes del pensamiento europeo, en especial francés y en especial el estructuralismo, que han realizado aportes muy significativos en el cambio metodológico y conceptual de la historia de la sa-

lud latinoamericana. En los últimos años habría que agregar también aportes muy interesantes de las escuelas filosóficas alemanas en especial de Frankfort e italiana, en especial de Turín.

En suma, este libro de 253 páginas, con 8 capítulos y un apéndice, escrito por destacados historiadores latinoamericanos (aunque varios de ellos formados o trabajando en EE.UU.), pretende “un acercamiento a algunos de los temas principales de la interacción entre la salud, la enfermedad, la cultura y la sociedad”. Se trata de una historia de la salud más que de enfermedades.

El primer capítulo considera a la Escuela Tropicalista de Bahía del siglo XIX. Sin embargo, uno de los conceptos más interesantes que maneja el autor es la contribución que hicieron la medicina y la ciencia, en conjunto con la religión y la literatura, a la creación de las “comunidades imaginadas”, para las nuevas naciones—Estado que surgían de los movimientos independentistas. Surgían nuevas fronteras y nuevos gobiernos y “mirando al norte” se definían los perfiles epidemiológicos y demográficos. Dentro de un papel hegemónico y dominante de la medicina en la región, hubo médicos que cuestionaron el nuevo orden social que consolidaba injusticias coloniales y el *status quo* del establishment médico: la Escuela Tropicalista Bahiana fue un ejemplo. Sus miembros “estuvieron interesados en promover la idea de maleabilidad y la adaptabilidad del hombre en los trópicos y por extensión, la posibilidad del progreso en el Brasil”.

Muy interesante resulta el estudio del cólera en el México del siglo XIX. La autora nos muestra como el cólera se difunde por todo el mundo “con tanto éxito”. Coincidiendo con la revolución industrial y el auge del capitalismo, varios factores influyeron para contribuir a la rápida difu-

sión del cólera (y del capitalismo): grandes concentraciones poblacionales en las ciudades en condiciones de insalubridad, miseria y hacinamiento; desplazamientos de ejércitos y guerras; gran desarrollo del comercio y de los medios de transporte y grandes fenómenos migratorios. Según Lain Entralgo el siglo XIX debería ser llamado “el siglo del cólera morbus”. Igual que las ventajas del moderno capitalismo, el cólera llega a nuestro continente por Canadá y EE.UU. Pero también el cólera, igual que todas las enfermedades infecciosas, directamente vinculado a la pobreza y a todos los “vicios sociales”, permitió, según la autora, “reflexionar en voz alta sobre la relación entre la salud y el orden social y las normas morales que debían existir”. La historia contemporánea muestra que la historia se repite. Y quizás también al igual que el capitalismo, el cólera es cíclico, con ondas cortas y ondas largas en sus crisis.

Que la tuberculosis ha sido un extraordinario instrumento para el discurso moralizador (de izquierda y de derecha) ya nos lo ha mostrado Barrán. En el 4° capítulo de este libro, Armus muestra una clara relación entre la salud y la anarquía (como movimiento político) en la Argentina de fin de siglo pasado y comienzo del actual. “Mucho antes de los años 30 algunos médicos y ciertos grupos socialistas y libertarios criticaron la obsesión del contagio, subrayando no sólo el carácter social de la tuberculosis, si no también la importancia de la inmunidad relativa de cada individuo”. La historia y Mc. Keown les darán la razón, demostrando que la mortalidad por tuberculosis en Gran Bretaña, había descendido 8 veces en 100 años, antes del descubrimiento de los antibióticos y por supuesto, de la vacuna. Sin embargo como señala el autor, si bien el discurso libertario enfatizó la causalidad social de la enfermedad, com-

partió con el discurso conservador la pretensión moralizadora de la medicina y la salud pública.

El 5° capítulo, que estudia los proyectos de saneamiento en el Brasil de principios de siglo, muestra la correlación estrecha de conceptos como higiene y orden social, ciencia y progreso. Después de todo Brasil había sido estereotipado por el escritor Darío de Andrade como “el país de la malaria y de la pereza”. Nacionalidad y modernidad estaban subsumidas en el discurso político iluminista del principio de siglo por el saneamiento: de impurezas biológicas, morales y políticas. Saneando se lograba la imitación europea más perfecta. Si bien hubo muchas voces discordantes, se puede decir que dicho pensamiento fue relativamente hegemónico (también aquí compartieron este punto de vista la izquierda y la derecha).

El capítulo que analiza la historia de la lepra en Colombia, resulta extraordinariamente didáctico para comprender la enfermedad más como un constructo social que como un fenómeno naturalmente dado. Generalmente la enfermedad ha sido una metáfora (Sontag), para que la sociedad diga lo prohibido. La lepra es el ejemplo más paradigmático (junto con el SIDA). El “modelo noruego” de la lepra es democrático y científico en su enfoque. Por el contrario el “modelo hawaiano” es imperialista y mítico. Vale la pena el análisis de la autora.

Los últimos capítulos analizan el rol de la Fundación Rockefeller en América Latina, tanto en las campañas de erradicación de enfermedades como en la formación de recursos humanos. Ello ocurrió —nos dice Cueto— “debido a una compleja combinación de razones técnicas y políticas que incluyeron el éxito de los esfuerzos locales de erradicación ya realizados; el temor que América Latina infectase o re-infectase a

EE.UU. y la percepción de la necesidad de proteger aquellas partes del mundo que los EE.UU. consideraban bajo su influencia".

Otras "fundaciones" (como la CIA) usarían años más tarde la experiencia de la Rockefeller para erradicar otras "enfermedades", pero con más éxito y los mismos fundamentos.

En suma, nos dice el autor: "las campañas ejecutadas en América Latina por la Fundación Rockefeller entre 1918 y 1940, fueron un importante factor para la consolidación de la influencia de EE.UU. en las emergentes instituciones latinoamericanas de salud pública y para dar forma al concepto de erradicación".

El libro termina con un apéndice que resulta extraordinariamente ilustrativo. En el mismo se sugiere un hipotético curso de Historia Social de la Salud Pública en América Latina, dividido en 11 unidades temáticas y

acompañado de una bibliografía muy relevante (entre los cuales están algunos de los "imperdibles"). Como dicen sus autores esta "reformulación debe evitar caer en las narraciones anecdóticas, enciclopédicas y celebratorias que impiden reflexionar con claridad y objetividad sobre el pasado y las opciones". "Es necesario construir una nueva imagen de la salud pública a partir del examen del conocimiento e interpretación que brindan los historiadores profesionales" (y otros científicos sociales, se podría agregar). "Muchos cursos de historia de la medicina" continúan los autores "tratan la salud pública como especialidad de la medicina y además la mayoría de los cursos, no incorporan el enfoque de la historia social." "Se debe superar la tendencia a enseñar y estudiar de una manera descriptiva el pasado, desde la perspectiva de los grandes personajes (hombres) y la justifica-

ción de sus éxitos personales e institucionales". Para ello, destacan los autores, son importantes los aportes teóricos y metodológicos de la Escuela de "Annales" (lo cual es obvio y surge espontáneamente con la lectura del libro). "No estamos tan interesados en la narración anecdótica de los médicos o las terapias que utilizaron".

En suma, un libro muy interesante que realizando importantes aportes conceptuales, cumple con los objetivos que se propone. Puede (y debería) ser leído por estudiantes, investigadores, docentes y autoridades universitarias, tanto de las ciencias de la salud, como de las ciencias sociales. Y ojalá sus propuestas pedagógicas sean imitadas. Mejor para la Universidad y sobre todo, mejor para la sociedad.

Dr. José Portillo